

y muy monas en forma de zapatos le calzaron al momento. Por gorguera le pusieron medio farolillo de papel encarnado, y de una jardinera de mimbres hiciéronle una especie de sombrerete pastoril, con graciosas flores adornado. Al cuello le colgaron á modo de condecoraciones, la chapa de un kepis elegantísimo, una fosforera redonda que parecía reloj y el tapón de cristal de un frasquito de esencias. Las pajaritas tuvieron la buena ocurrencia de ponerle en la cintura, á guisa de espada ó daga, una lujosa plegadera de marfil. Con estas y otras invenciones para ocultar sus haraposos vestidos, el vendedor de periódicos quedó tan guapo que no parecía el mismo. Mucho se vanaglorió de su persona cuando le pusieron ante el espejo de un estuche de costura para que se mirase. Estaba el chico deslumbrador.

IX

En seguida principió el baile. Varios canarios cantaban en sus jaulas walses y habaneras, y las cajas de música tocaban solas, así como los clarinetes y cornetines, que

se movían á sí mismos sus llaves con gran destreza. Los violines también se las componían de un modo extraño para pulsarse á sí propios sus cuerdas, y las trompetas se soplaban unas á otras. La música era un poco discordante; pero Migajas, en la exaltación de su espíritu, la hallaba encantadora.

No es necesario decir que la Princesa bailó con nuestro héroe. Las otras damas tenían por pareja á militares de alta graduación, ó á soberanos que habían dejado sus caballos á la puerta. Entre aquellas figuras interesantísimas se veía á Bismarck, al Emperador de Alemania, á Napoleón y á otros grandes hombres. Migajas no cabía en su pellejo de puro orgulloso.

Pintar las emociones de su alma cuando se lanzaba á las vertiginosas curvas del wals con su amada en brazos, fuera imposible. La dulce respiración de la Princesa y sus cabellos de oro acariciaban blandamente la cara de Pacorrillo, haciéndole cosquillas y causándole cierta embriaguéz. La mirada amorosa de la gentil dama ó un suave quejido de cansancio acababan de enloquecerle.

En lo mejor del baile, los monos anunciaron que la cena estaba servida, y al pun-

to se desconcertó el cotarro. Ya nadie pensó más que en comer, y al bueno de Migajas se le alegraron los espíritus, porque, sin perjuicio de la espiritualidad de su amor, tenía un hambre de mil demonios.

X

El comedor era precioso y la mesa magnífica; las vajillas y toda la loza de lo mejor que se ha fabricado para muñecas, y multitud de ramilletes esparcían su fragancia y mostraban sus colores en pequeños búcaros, en hueveras, y algunos en dedales.

Pacorrito ocupó el asiento á la derecha de la Princesa. Empezaron á comer. Servían los pericos y las pajaritas tan bien y con tanta precisión como los soldados que maniobran en una parada á la orden de su general. Los platos eran exquisitos, y todos crudos ó fiambres. Si la comida no disgustó á Migajas al comenzar, pronto empezó á producirle cierto empacho, aun antes de haber tragado como un buitre. Componían el festín pedacitos de mazapán, pavos más chicos que pájaros y que se engullían de un

solo bocado, filetes y besugos como almen dras, un rico principio de cañamones y un pastel de alpiste á la canaria, albóndigas de miga de pan á la perdigona, fricasé de ojos de faisán en salsa de moras silvestres, ensalada de musgo, dulces riquísimos y frutas de todas clases, que los pericos habían cosechado en un tapiz donde estaban bordadas, siendo los melones como uvas y las uvas como lentejas.

Durante la comida, todos charlaban por los codos, excepto Pacorrito, que por ser muy corto de genio no desplegaba sus labios. La presencia de aquellos personajes de uniforme y entorchados le tenía perplejo, y se asombraba mucho de ver tan charlatanes y retozones á los que en el escaparate estaban tiesos y mudos cual si fuesen de barro.

Principalmente el llamado Bismarck no paraba. Decía mil chirigotas, daba manotadas sobre la mesa, y arrojaba á la Princesa bolitas de pan. Movía sus brazos como atolondrado, cual si los goznes de éstos tuviese un hilo, y oculta mano tirase de él por debajo de la mesa.

“¡Cómo me estoy divirtiendo! — decía el canciller. — Querida Princesa, cuando uno se pasa la vida adornando una chimenea, entre

un reloj, una figura de bronce y un tiesto de begonia, estas fiestas le rejuvenecen y le dan alegría para todo el año.

—¡Ay! dichosos mil veces—dijo la señora con melancólico acento—los que no tienen otro oficio que adornar chimeneas y entredoses. Esos se aburren, pero no padecen como nosotras, que vivimos en continuo martirio, destinadas á servir de juguete á los hombres chicos. No podré pintar á usted, señor de Bismarck, lo que se sufre cuando uno nos tira del brazo derecho, otro del izquierdo, cuando éste nos rompe la cabeza y aquél nos descuartiza, ó nos pone de remojo, ó nos abre en canal para ver lo que tenemos dentro del cuerpo.

—Ya lo supongo—contestó el canciller abriendo los brazos y cerrándolos repetidas veces.

—¡Oh, desgraciados, desgraciados!—exclamaron en coro los Emperadores, Espartero y demás personajes.

—Y menos desgraciada yo—añadió la dama,—que encontré un protector y amigo en el valeroso y constante Migajas, que supo librarme del bárbaro suplicio.

Pacorro se puso colorado hasta la raíz del pelo.

—Valeroso y constante—repetieron á una las muñecas todas, en tono de admiración.

—Por eso—continuó la Princesa—esta noche, en que nuestro Genio Creador nos permite reunirnos para celebrar el primer día del año, he querido obsequiarle, trayéndole conmigo, y dándole mi mano de esposa, en señal de alianza y reconciliación entre el linaje muñequil y los niños juiciosos y compasivos.

XI

Cuando esto decía, el señor de Bismarck miraba á Pacorrito con expresión de burla tan picante y maligna, que nuestro insigne héroe se llenó de coraje. En el mismo instante, el tuno del canciller disparó una bolita de pan con tanta puntería que por poco deja ciego á Migajas. Pero éste, como era tan prudente y el prototipo de la circunspección, calló y disimuló.

La Princesa le dirigía miradas de amor y gratitud.

—¡Cómo me estoy divirtiendo!—repitió Bismarck dando palmadas con sus manos de

madera.—Mientras llega la hora de volver junto al reloj y de oír su incesante tic-tac, divirtámonos, embriaguémonos, seamos felices. Si el caballero Pacorrito quisiera pregonar *La Correspondencia*, nos reiríamos un rato.

—El señor de Migajas—dijo la Princesa mirándole con benevolencia,—no ha venido aquí á divertirnos. Eso no quita que le oigamos con gusto pregonar *La Correspondencia* y los fósforos, si quiere hacerlo.

Hallaba el granuja esta proposición tan contraria á su dignidad y decoro, que se llenó de aflicción y no supo qué contestar á su adorada.

—¡Que baile!—gritó el canciller con desparpajo,—que baile encima de la mesa. Y si no lo quiere hacer, pido que se le quiten los adornos que se le han puesto, dejándole cubierto de andrajos y descalzo, como cuando entró aquí.

Migajas sintió que aflua toda su sangre al corazón. Su cólera impetuosa no le permitió pronunciar una sola sílaba.

—No seais cruel, mi querido Príncipe,—dijo la señora sonriendo.—Por lo demás, yo espero quitarle al buen Migajas esos humos que está echando.

Una carcajada general acogió estas palabras, y allí eran de ver todas las muñecas, y los más célebres generales y emperadores del mundo, dándose simultáneamente cachiporrazos en la cabeza como las figuras de Guignol.

“¡Que baile! ¡Que pregone *La Correspondencia*!—clamaron todos.

Migajas se sintió desfallecer. Era en él tan poderoso el sentimiento de la dignidad, que antes muriera que pasar por la degradación que se le proponía. Iba á contestar, cuando el maligno canciller tomó una paja larga y fina, sacada al parecer de una cesti-lla de labores, y mojando la punta en saliva se la metió por una oreja á Pacorrito con tanta presteza, que éste no se enteró de la grosera familiaridad hasta que hubo experimentado la sacudida nerviosa que tales chanzas ocasionan.

Ciego de furor, echó mano al cinto y blandió la plegadera. Las damas prorrumpieron en gritos y la Princesa se desmayó. Pero no aplacado con esto el fiero Migajas, sino, por el contrario, más rabioso, arre-remetió contra los insolentes, y empezó á repartir estacazos á diestra y siniestra, rompiendo cabezas que era un primor. Oíanse alaridos,

ternos, amenazas: hasta los pericos graznaban, y las pajaritas movían sus colas de papel en señal de pánico.

Un momento después, nadie se burlaba del bravo Migajas. El canciller andaba recogiendo del suelo sus dos brazos y sus dos piernas (caso raro que no puede explicarse), y todos los emperadores se habían quedado sin nariz. Poco á poco, con saliva y cierta destreza ingénita, se iban curando todos los desperfectos; que esta ventaja tiene la cirugía muñequil. La Princesa, repuesta de su desmayo con las esencias que en un casco de avellana le trajeron sus pajes, llamó aparte al granuja, y llevándole á su camarín reservado, le habló á solas de esta manera:

XII

“Inclito Migajas, lo que acabas de hacer, lejos de amenguar el amor que puse en tí, lo aumenta, porque me has probado tu valor indómito, triunfando con facilidad de toda esa caterva de muñecos bufones, la peor casta de seres que conozco. Movida por los dulces afectos que me impulsan hacia tí, te

propongo ahora solemnemente que seas mi esposo, sin pérdida de tiempo.

Pacorrito cayó de rodillas.

“Cuando nos casemos—continuó la señora,—no habrá uno solo de esos emperadrecillos y cancelleretes que no te acate y reverencie como á mí misma, porque has de saber que yo soy la Reina de todos los que en aquesta parte del mundo existen, y mis títulos no son usurpados, sino transmitidos por la divina Ley muñequil que estableciera el Supremo Genio que nos creó y nos gobierna.

—Señora, señora mía—dijo, ó quiso decir Migajas;—mi dicha es tanta que no puedo expresarla.

—Pues bien—manifestó la señora con majestad.—Puesto que quieres ser mi esposo, y por consiguiente, Príncipe y señor de éstos monigotiles reinos, debo advertirte que para ello es necesario que renuncies á tu personalidad humana.

—No comprendo lo que quiere decir Vuestra Alteza.

—Tú perteneces al linaje humano, yo no. Siendo distintas nuestras naturalezas, no podemos unirnos. Es preciso que tú cambies la tuya por la mía, lo cual puedes hacer

fácilmente con sólo quererlo. Respóndeme pues. Pacorríto Migajas, hijo del hombre, ¿quieres ser muñeco?

La singularidad de esta pregunta tuvo en suspenso al granuja durante breve rato.

—¿Y qué es eso de ser muñeco?—preguntó al fin.

—Ser como yo. La naturaleza nuestra es quizás más perfecta que la humana. Nosotros carecemos de vida, aparentemente; pero la tenemos grande en nosotros mismos. Para los imperfectos sentidos de los hombres, carecemos de movimiento, de afectos y de palabra; pero no es así. Ya ves cómo nos movemos, cómo sentimos y cómo hablamos. Nuestro destino no es, en verdad, muy lisonjero por ahora, porque servimos para entretener á los niños de tu linaje, y aun á los hombres del mismo; pero en cambio de esta desventaja, somos eternos.

—¡Eternos!

—Sí, nosotros vivimos eternamente. Si nos rompen esos crueles chiquillos, renacemos de nuestra destrucción y tornamos á vivir, describiendo sin cesar un tenebroso círculo desde la tienda á las manos de los niños, y de las manos de los niños á la fá-

brica tirolesa, y de la fábrica á la tienda, por los siglos de los siglos.

—¡Por los siglos de los siglos!—repitió Migajas absorto.

—Pasamos malísimos ratos, eso sí—añadió la señora;—pero en cambio no conocemos el morir, y nuestro Genio Creador nos permite reunirnos en ciertas festividades para celebrar las glorias de la estirpe, tal como lo hacemos esta noche. No podemos evadir ninguna de las leyes de nuestra naturaleza; no nos es dado pasar al reino humano, á pesar de que á los hombres se les permite venir al nuestro, convirtiéndose en monigotes netos.

—¡Cosa más particular!—exclamó Migajas lleno de asombro.

—Ya sabes todo lo necesario para la iniciación muñequillesca. Nuestros dogmas son muy sencillos. Ahora medítalo y responde á mi pregunta: ¿quieres ser muñeco?

La Princesa tenía unos desplantes de sacerdotisa antigua, que cautivaron más á Pacorríto.

—Quiero ser muñeco—afirmó el granuja con aplomo.

Y al punto la Princesa trazó unos endiablados signos en el espacio, pronunciando palabrotas que Pacorro no sabía si eran la-

tín, chino ó caldeo, pero que de seguro serían tirolés. Después la dama dió un estrecho abrazo al bravo Migajas, y le dijo:

—Ahora, ya eres mi esposo. Yo tengo poder para casar, así como lo tengo para recibir neófitos en nuestra gran Ley. Amado Principillo mío, bendito seas por los siglos de los siglos.

Toda la corte de figurillas entró de repente, cantando con música de canarios y ruiseñores: “Por los siglos de los siglos.”

XIII

Discurrieron por los salones en parejas. Migajas daba el brazo á su consorte.

—¡Es lástima,—dijo ésta,—que nuestras horas de placer sean tan breves! Pronto tendremos que volver á nuestros puestos.

El Serenisimo Migajas experimentaba, desde el instante de su trasformación, sensaciones peregrinas. La más extraña era haber perdido por completo el sentido del paladar y la noción del alimento. Todo lo que había comido era para él como si su estómago fuese una cesta ó una caja y hubiera

encerrado en ella mil manjares de cartón que ni se dijerían, ni alimentaban, ni tenían peso, sustancia, ni gusto.

Además, no se sentía dueño de sus movimientos, y tenía que andar con cierto compás difícil. Notaba en su cuerpo una gran dureza, como si todo en él fuese hueso, madera ó barro. Al tentarse, su persona sonaba á porcelana. Hasta la ropa era dura, y nada diferente del cuerpo.

Cuando, solo ya con su mujercita, la estrechó entre sus brazos, no experimentó sensación alguna de placer divino ni humano, sino el choque áspero de dos cuerpos duros y fríos. Besóla en las mejillas y las encontró heladas. En vano su espíritu, sediento de goces, llamaba con furor á la naturaleza. La naturaleza en él era cosa de cacharrería. Sintió palpitar su corazón como una máquina de reloj. Sus pensamientos subsistían, pero todo lo restante era insensible materia.

La Princesa se mostraba muy complacida.

“¿Qué tienes, amor mío?—preguntó á Pa-corríto viendo su expresión de desconsuelo.

—Me aburro soberanamente, chica—dijo el galán, adquiriendo confianza.

—Ya te irás acostumbrando. ¡Oh, delicio-

esos instantes! Si durárais mucho, no podríamos vivir.

—¡A esto llama delicioso tu Alteza!— exclamó Migajas.—¡Dios mío, qué frialdad, qué dureza, qué vacío, qué rigidez!

—Tienes aún los resabios humanos, y el vicio de los estragados sentidos del hombre. Pacorríto, modera tus arrebatos ó trastornarás con tu mal ejemplo á todo el muñequismo viviente.

—¡Vida, vida, sangre, calor, pellejo!— gritó Migajas con desesperación, agitándose como un insensato.—¿Qué es esto que pasa en mí?

La Princesa le estrechó en sus brazos, y besándole con sus rojos labios de cera, exclamó:

“Eres mío, mío por los siglos de los siglos.

En aquel instante oyóse gran bulla y muchas voces que decían: “¡La hora, la hora!”

Doce campanadas saludaron la entrada del Año Nuevo. Todo desapareció de súbito á los ojos de Pacorríto: Princesa, palacio, muñecos, emperadores, y se quedó solo.

XIV

Se quedó solo y en obscuridad profunda.

Quiso gritar y no tenía voz. Quiso moverse y carecía de movimiento. Era piedra.

Lleno de congoja esperó. Vino por fin el día, y entonces Pacorríto se vió en su antigua forma, pero todo de un color, y al parecer de una misma materia, cara, brazos, ropa, cabello y hasta los periódicos que en la mano tenía.

“Ya no me queda duda—exclamó llorando por dentro.—Soy mismamente como un ladrillo.

Vió que frente á él había un gran cristal con algunas letras del revés. A un lado, multitud de figurillas y objetos de capricho le acompañaban.

“¡Estoy en el escaparate!... ¡Horror!

Un mozo le tomó cuidadosamente en la mano, y después de limpiarle el polvo, volvió á ponerle en su sitio.

Su Alteza Serenísima vió que en el pedestal donde estaba colocado, había una tarjeta con esta cifra: *240 reales*.

“Dios mío, es un tesoro lo que valgo. Esto al menos le consuela á uno.

Y la gente se detenía por la parte afuera del cristal, para ver la graciosa escultura de barro amarillo representando un vendedor de periódicos y cerillas. Todos alababan la destreza del artista; todos se reían observando la chusca fisonomía y la chabacana figura del gran Migajas, mientras éste, en lo íntimo de su insensible barro, no cesaba de exclamar con angustia:

“¡Muñeco, muñeco, por los siglos de los siglos!

Enero de 1879.

JUNIO